



PUCMM

Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra

Centro de Estudios P. Alemán, S.J.

HT **UEH** DO
Unidad de Estudios de Haití

Ensayos Cortos

**EL INFORTUNIO HAITIANO:
LA INFELICIDAD**

Fernando I. Ferrán

Año I, No. 2

**11 de abril 2022
Santo Domingo,
República Dominicana**



Enero 2022 Año 1, Num. 2, Edición digital

Publicación de la Unidad de Estudios de Haití, UEH, del Centro de Estudios P. Alemán, PUCMM, Santo Domingo, República Dominicana
UEH: Dirección postal

Centro de Estudios P. José L. Alemán,
 Campus de Santo Domingo,
 Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra,
 Ave. Bolívar,
 Santo Domingo, República Dominicana

Correo electrónico: unidadestudioshaitianos@gmail.com

Comité editorial: Fernando I. Ferrán, coordinador, Luis Vargas, Edmundo Gil, Humberto Cristian y Marcos Romero.

Breves Ensayos es una publicación sin fines de lucro, de la UEH.

Los análisis y los juicios contenidos en esta publicación pueden ser reproducidas a condición de que se mencione debidamente la fuente.

Las opiniones vertidas en los artículos firmados son de estricta responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de alguna o todas las organizaciones e instituciones que lo auspician.

**EL INFORTUNIO HAITIANO:
LA INFELICIDAD**

Fernando I. Ferrán¹

¹ Antropólogo y filósofo, profesor-investigador de la PUCMM y miembro de la Unidad de Estudios de Haití de dicha institución universitaria.

Tabla de contenido

I.	Tradición política	5
II.	Cuestión de interpretaciones	9
III.	El cuerpo social...	13
IV.	Y su estado de infelicidad consciente	18
V.	Bibliografía citada	25

*“Lo imposible, es posible.
Los locos, somos cuerdos.
Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa
con las ramas del árbol que siembro”,
José Martí²*

En un escrito anterior a propósito de la ingobernabilidad haitiana (Ferrán 2022), concluí afirmando que con el paso del tiempo se desvanecían las diferencias entre herederos de los bossales y de los creoles. Ambos grupos constatan -como insatisfechas- sus esperanzas de bienestar. Insatisfechas y frustradas en razón de una malformación estatal que se ha constituido en botín de guerra de élites y de sus lacayos.

Presuponiendo ese contexto, ahora pesquise mejores opciones de porvenir del irredento pueblo haitiano, indispuesto como debe de estar a perpetuar su pasado republicano en un estado de actores y de cosas que representan nueva vez el fatídico círculo del más de lo mismo.

I. Tradición política o el continuo acontecer de lo mismo

-La cuestión. La tradición política haitiana, en el reino de su mundo postcolonial, puede ser caracterizada -si no como la del eterno retorno de lo mismo, al menos sí como la continua reiteración del pasado.

De hecho, el paso de la colonia de Saint-Domingue a la República de Haití “*está obnubilado por los mitos que circulan a propósito del siglo XIX haitiano y de sus respectivos gobiernos*” (Casimir 2008:19). Abundan los relatos. Sin embargo, en su mítica ortodoxia teórica y su correcto lenguaje político, ocultan la veracidad de los datos y acontecimientos empíricos que callan.

² Martí 1963-1965, tomo 20: 285.

Así las cosas, la historia del pueblo haitiano llega al presente revestida de fabulosos arreglos. Todos esos atuendos dejan al desnudo que las variantes de gobernanza occidental fueron incompatibles con la idiosincrasia local siempre desvalida³.

La raíz de esa realidad problemática es pluridimensional. Va desde la bruta (en sentido literal) opacidad de los hechos exclusivamente registrados en los anales históricos, pasando por la interpretación telológica que reciben en un marco de referencia compuesto por la línea continua que va de la barbarie a la civilización, hasta intuir más que cernir finalmente el mal de fondo que los distorsiona.

Los hechos acontecidos están transcritos -por decirlo así- hasta en los libros escolares. El año 1804 marcó la inauguración del proyecto de un estado poscolonial y antiesclavista. Desde entonces, el camino conducente al siglo XXI ha sido largo y accidentado. No frustrante, pero sí plagado de desafíos a la independencia de Haití y su población.

-La gran explosión. Dos años después de la declaración de independencia, Jean Jacques Dessalines -otrora lugarteniente de Toussaint Louverture y, tras la captura de este último el 7 de junio de 1802, líder de la Revolución Haitiana y vencedor contra las tropas francesas en la Batalla de Vertières en 1803- declara la independencia de Haití en 1804 y pasa a ser su primer gobernante bajo la constitución de 1805.

Durante su mandato, Haití se convirtió en el primer país en abolir permanentemente la esclavitud. Inicialmente considerado gobernador general, más tarde fue nombrado por los generales del Ejército revolucionario Emperador de Haití como Jacques I (1804-1806) y gobernó en esa capacidad de forma autócrata hasta ser asesinado por miembros de su propia administración en 1806.

³ A propósito del mito republicano, actores, narraciones y hechos, ver el aporte importante de Stieber 2019.

El país se dividió en dos gobiernos rivales: la república sureña de Alexandre Pétion y el reino septentrional de Henry Christophe. Reunificado bajo la gestión del Presidente Jean-Pierre Boyer en 1820 después de años de guerra civil, comenzó la lucha por el reconocimiento exterior, además de la ocupación del territorio oriental de la isla la Española de 1822 a 1844.

Las potencias mundiales decimonónicas temían que las relaciones diplomáticas con la república negra trastornaran el frágil equilibrio de sus propias economías de plantación o incluso fomentaran levantamientos de esclavos en sus colonias. En 1825, bajo la creciente presión económica para abrir rutas comerciales hacia Europa, Boyer accedió a pagar al gobierno francés una indemnización de 150 millones de francos a cambio del reconocimiento. Siguió el reconocimiento de Rusia, Gran Bretaña, Alemania y, en 1860, el Vaticano firmó un Concordato con Haití por medio del cual se establecía el catolicismo como la religión mayoritaria en el país. Por su parte, en 1862, Estados Unidos también reconoció la independencia de Haití, pero tan solo luego que los estados esclavistas del sur declararon formalmente la secesión de la Unión.

-La norma fundamental. En términos formales, desde su mero inicio, la vida política de Haití tiene una sola constante o mínimo común denominador: inestabilidad política y, como compañera inseparable, zigzageante infidelidad entre iguales a cuantos principios presumiblemente universales e inalienables puedan engalanar a las más aventajadas y poderosas sociedades modernas en el hoy mundo contemporáneo. Tan solo por evocar esa realidad, entre 1843 y 1911 se sucedieron 16 gobernantes. De ellos, 11 fueron derrocados por revueltas.

La lista de gobernantes salidos de las urnas o de traiciones, triquiñuelas, arreglos de aposentos e incesantes conspiraciones y revueltas parecer ser interminable. Y todo eso, dicho sea a vuelo de pájaro, sin por ello olvidar en qué se sustenta y cuánto dura la estabilidad de autoproclamadas presidencias vitalicias o el aspaviento de los emperadores. Tantas fluctuaciones circunstanciales e individuales impiden evaluar en su justo valor qué o cuánto vale el poder político en Haití.

-La evidencia constante. Encumbrados durante uno, dos o tres actos en el gran teatro del mundo haitiano, actores locales y foráneos van y vienen sin que luego de la muerte de Boyer en 1823 y a lo largo del siglo XX y dos decenios del XXI deje de empeorar la inseguridad de la población y la inestabilidad política en ese país.

Entran y salen presidentes, emperadores, primeros ministros, electos o en funciones, escasas veces servidores de la población, las más beneficiados y/o servidos por ella. Independientemente aquí de buenas voluntades que nunca faltan, por supuesto, he aquí a alguno de los 47 personajes que han ocupado el sitio que simboliza de manera oficial el poder político en Haití. Sin intención de priorizar ni de ser exhaustivo⁴, aparecen en esta relatoría parcial: entre 1844 y 1849, Rivière-Hérard, Guerrier, Pierrot, Soulouque; Faustino I durante el segundo imperio de 1849-1859; y en la Tercera República, del año 1859 al presente, Geffrard, Saget, Domingue, Vincent, Lescot, Estimé, Magloire, Kébreau, Duvalier padre e hijo, Namphy, Manigat, Avril, Pascal-Trouillot, Aristide, Cedras, Nerette, Bazin, Aristide, Préval, Martelly, Paul, Privert, Moïse, Joseph y al momento de escribir estas líneas Henry.

En ese incansable vaivén de actores hay muchas figuras grotescas, otras diríase que de relleno, y algunas pocas merecedoras de más respeto y mejor `suerte´.

Un plato aparte hay que sacarle como si fuera un solo bloque, inolvidable por demás, a una élite hoy día tildada de empresarial de la que son hartos conocidas sus divisiones e intereses siempre particulares. Todos ellos seres públicos o de élites, empero, permanecen siempre reactivos a procesos que ni dirigen ni dominan mientras el pueblo haitiano ahonda su desamparo y continuo empobrecimiento.

-La insuperable mismidad de siempre. La sociedad haitiana yace pero también persiste cautiva del indetenible proceso de informalidad de sus integrantes y de

⁴ A ese propósito consúltese una lista actualizada, incluyendo funciones y períodos en: https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Jefes_de_Estado_de_Hait%C3%AD

la inconformidad y desinstitucionalización de sí misma. Tanto el manejo insostenible del medio ambiente, como sucesivas catástrofes naturales y la continua emigración del país -principal salvavidas de los integrantes de una colectividad que deriva al garete y pareciera naufragar tras cada hálito de aliento- ahondan una crisis que no evidencia tocar fondo.

En los albores del siglo XX, Haití asistió al centenario de su independencia con orgullo y con reservas. Entrado su segunda centuria, sin embargo, la incertidumbre se apodera de las mejores intenciones e inteligencias.

Ayer se resguardó del señorío de metrópolis europeas y hoy padece los efectos, tanto de intervenciones foráneas extranjeras, como de su propio desorden, asiduo desarticulador de sus endeble instituciones e incisivo barreno desintegrador de su supuesta fisionomía *`nacional'*. Por tanto, hasta prueba en contrario, por fin tiene ante sí la oportunidad y no solo el reto de reconocer que también debe y tiene que protegerse de sí misma tanto como de los que han llegado de fuera para doblegar su voluntad de no dependencia.

II. **Cuestión de interpretaciones**

Haití nació dividida. Escindida, tanto del exterior, según se viera anteriormente por efecto de la falta de reconocimiento de parte de metrópolis coloniales y/o esclavistas, como a lo interno por causa de sus divisiones intestinas y falta de acuerdo social y de metas compartidas.

-Disyuntiva y rupturas. La principal escisión tuvo lugar a partir de esta ruptura política: Dessalines y sus seguidores, de un lado, y del otro lado los liberales republicanos. Y eso así, aun cuando ambos bandos era igualmente anti esclavistas, independentistas y anti coloniales. Fuera de toda duda, valoraban sobre todas las cosas la libertad.

Libertad, sí; pero ¿qué concepto de ella prima y une a la población en una causa común? ¿Nacional?

De ahí la cuestión del significado último al que apuntan las preguntas de la historiadora estadounidense Chelsea Stieber:

“¿Libertad significaba la independencia del dominio colonial o significaba la libertad de un gobierno arbitrario y la garantía de los derechos individuales? (...) Esas concepciones muy diferentes de la libertad fueron cruciales para la autoimagen y la autorrepresentación de cada facción dentro de Haití y el Atlántico revolucionario más amplio” (Stieber 2020: 4) ⁵.

-*Interpretaciones.* Una vez liberado de la esclavitud y del colonialismo, la población valora la autonomía del individuo como tal, pero no por ello resuelve la disyuntiva real: se hace valer la libertad subjetiva de cada uno ante los representantes gubernamentales, para así dejar atrás definitivamente su sujeción incondicional ante el poder o, por el contrario, ante ese poder y sus representantes la autonomía del sujeto libre poco o nada vale en público, pasando de facto a una condición no olvidada e indeseada⁶.

En Haití, la libertad es entendida como un rotundo no a “*la esclavitud mercantil*” (Stieber 2020: 2), pero sin necesariamente ser un sí a los derechos que ella confiere a cada sujeto luego que rompe con la servidumbre servil. Al mismo tiempo se la valora y aprecia en razón de un significativo no al gobierno colonial y al régimen esclavista, pero sin que este acto de negación entrañe por sí mismo

⁵ Sigo en lo sucesivo la argumentación de la doctora Stieber (2020), profesora de la Universidad Católica de América, quien a mi entender examina de manera razonable y convincente hace la exégesis del término libertad en los escritos fundadores de Haití entre 1804 y 1954.

⁶ Ambas alternativas de la misma disyuntiva retrotraen a la clásica dicotomía que atraviesa el pensamiento político moderno luego de Thomas Hobbes y J.J. Rousseau. Para ambos autores el hombre es libre por naturaleza. Ese tema está fuera de discusión. Solo que, según Hobbes, al momento de firmar el contrato social cada uno renuncia a todos sus derechos y los traspasa al Leviatán; por analogía, acotaría que es algo así como que una vez rotas las cadenas de la esclavitud la libertad del haitiano vale ante otros soberanos, pero no ante el poder constituido en su propio país. De su lado Rousseau, como quien dice saliéndole al paso a ese monstruo gubernamental, reconoció que la libertad humana está necesariamente atada a las cadenas de las leyes tras el contrato social, pero no por ello dejó de buscar cómo salvaguardar la democracia y la libertad subjetiva de cada uno. Por eso dejó constancia de su reparo ante cualquier Leviatán: mientras más civilizados estemos en medio de una formación estatal compleja más alejados de nuestra condición natural de seres libres iremos a parar.

la propia reafirmación incondicional en contra del sinúmero de actuaciones autoritarias y arbitrarias que -en franco perjuicio de uno o todos los haitianos- se le atribuyen a la fuerza gubernamental.

Por vía de consecuencia, dependiendo de cuál sea el énfasis otorgado a la noción de libertad en la práctica sociopolítica del país, la población haitiana en general se beneficia o es perjudicada por dos formaciones estatales contrapuestas entre sí desde el día de la independencia.

Quizás pueda sacrificarse la complejidad de los hechos en el ara pedagógico y entonces relacionar al segmento de la población más creolizado -por su exposición al mundo francés y al exterior en general- con los republicanos; y, debido a su relativo aislamiento, a los descendientes culturales de los bossales con los sucesores del emblemático Dessalines.

-Dilemas y manifestaciones. En cualquier hipótesis, los más republicanos fueron y siguen siendo de ascendencia ideológica más democrática. De raigambre russoniana, ellos aspiran a que la libertad del Estado haitiano abarque el liberalismo político y el universalismo del Siglo de las Luces que sustentaba la Revolución Francesa. Esto implicaba una concepción republicana -no monárquica ni imperial y aún menos anárquica- capaz de reconocer y respetar en la práctica los derechos individuales, la igualdad política y un esfuerzo decidido en contra de cualquier gobierno que pretenda monopolizar la fuerza indiscriminada, la libre iniciativa y el arbitrario.

Así, pues, para esos republicanos la igualdad de los ciudadanos ante el estamento estatal pareciera estar asegurada en principio por el pensamiento liberal de la Ilustración. Por el contrario, para los más autoritarios, en tanto que seguidores del arquetipo trazado por Dessalines, la libertad es comprendida principalmente como ruptura e independencia en oposición al manejo colonial, pero no como garantía de los derechos individuales de cada ciudadano singular. En efecto, una vez convertido el Estado político en imperio propio en las manos exclusivas del gobernante, Dessalines privilegia en su concepción y práctica la libertad como sinónimo de independencia anticolonial en detrimento, tanto de la

legitimidad que otorga el pueblo soberano, como de los derechos y libertades individuales de la ciudadanía. En nombre del reinstituído -por no decir restaurado- Estado todo es posible. Desde la cima, a los de arriba, todo les está permitido, autorizado. Sin embargo, a los de abajo, desde la cima, todo le queda vedado, privado.

Desde aquel entonces las circunstancias se eternizaron y circularon con patente de corso. Lo que para unos pocos pasó a ser beneficio de uso exclusivo -por estar privado de eso que abunda, la demás gente- para estos últimos, la población en general que pulula bajo el rostro de cualquier otro, significó agonía y represión. El bienestar de la minoría de arriba siguió siendo el malestar de la inmensa mayoría de los de abajo. Desde aquel entonces y hasta la calendas del presente, el solo poder de cualquier mandamás encarna y ostenta presumidamente la soberanía del abnegado pueblo haitiano que yace a los pies del poderoso de turno.

Al ritmo de Chronos -dios griego que devora a sus propios hijos- el Estado político modelado por Dessalines y sus lugartenientes, una vez devenido predio de élites dominantes y de políticos más trepadores que legítimos republicanos demócratas, ha ganado muchísimas más partidas en Haití que las pírricas victorias de sus adversarios. Los hechos están en la memoria histórica de todo un pueblo que lo revela mientras pinta, escribe, hace representaciones en el teatro, toca sus instrumentos musicales, danza y canta -sin por tanto abandonar su depreciada condición.

Es a partir de lo que precede que conviene explicar la doble adversidad de una población cuyo ultrajado ropaje republicano devela, primero, el empobrecimiento infinito de su cuerpo social; y, segundo, una conciencia violentada que reconoce y siente el despojo de los derechos, aspiraciones e ideales más íntimos infligidos, no solo por extraños, sino inesperadamente también por sus propios semejantes.

III. El cuerpo social

Al surgir la memoria histórica de ese pueblo que llegó a ser haitiano se reabrieron las cicatrices más dramáticas de la existencia haitiana. De una existencia golpeada, de un lado, por el enfrentamiento político de ambos arquetipos estatales (el republicano más liberal y menos autoritario, y el menos democrático y más arbitrario); y, del otro lado, por el subsecuente retraso que el mundo político, aunado a las costumbres populares, generaron en la organización social de Haití.

De hecho, no hay reminiscencia que no conduzca al pueblo haitiano a un estado de cosas entrampadas en y para sí mismo en un interminable proceso de empobrecimiento y desintegración.

-En sí mismo. Enredado en sí mismo, como quien dice en su propio cordón umbilical, pues se trata de una población en cuya cultura ancestral el horizonte del Estado político no existía y las lealtades familiares no traspasan una región geográfica al alcance de la vista bien circunscrita. Cada integrante y parte del cuerpo social haitiano, ensimismados en ellos mismos, no siente ni siquiera obligación moral de regirse subjetivamente de conformidad con modelos y pautas de conducta más allá de sus propios intereses. Esa situación explica por qué la formación estatal no deja de ser una advenediza y adversaria en manos de inagotables contrincantes. Cualquier obligación o imposición ajena a uno termina en contraposición de los actores y cualquier ascenso al ámbito de la cosa pública, en rebatiña de las partes.

Por supuesto, es comprensible que alguno de los sectores de vanguardia de aquel cuerpo social no quisiera aparecer en el escenario del gran teatro del mundo como actores de segunda, siendo malqueridos y vilipendiados. En ese caso, por simple mimesis cultural, en Haití predomina el nominalismo político. Esos sectores se auto impusieron -o les impusieron y adoptaron, pero en ninguna instancia adaptaron- todo un ceremonial de formalidades que carecen de cualquier asomo de contenido político, sea este imperial, monárquico o republicano, según la usanza occidental. Todo lo cual acontece, dicho sea a

vuelo de pluma, independientemente de si sus actores principales fueran vitalicios, provisionales, salidos de las urnas, de trifulcas callejeras, de revueltas palaciegas de alguna embarcación cañonera.

Los frutos de tanto mimetismo y desafortunada improvisación no se hicieron esperar. Por más señeros que ellos fueran o fingieran ser, todos -y sin excepción hasta el día de hoy- han sido objetados y tenidos por nefastos bajo el color del prisma occidental o el nativo con que se les juzga. De lejos fue percibido una y otra vez que Haití, vástago de sangre africana y revoltosa, rehusaba organizarse de conformidad con los sacrosantos principios y valores universales de Occidente. Por eso mismo sus bajas calificaciones. Evaluado, a Haití se le otorga a título honorario el estatus de "*Estado fallido*" a modo de prueba irrefutable de la sempiterna imposibilidad de aunar la desorganización natural de su aglomerado social con el tipo de formación estatal conformada por una población legítimamente descendiente y heredera del legado occidental.

Y, de cerca, su organización aparece como una puro desorden. Transgrede el lindero de la anarquía repetidas veces; y, sin siquiera una sola excepción, siempre permanece desenraizada de la coherencia familiar y la armonía social que aunan y conforman a los miembros de un clan, una tribu o una etnia nacional en el paraíso perdido de su tierra ancestral.

Ahora bien, si eso acontece con aquellos sectores de `vanguardia`, ¿qué apuntar a propósito del resto de la población? Ni aquellos ni estos escapan del mismo atolladero histórico a lo largo de más de doscientos años de independencia.

En efecto, el pueblo haitiano vive en un estado de disyuntiva y por eso no alcanza y tampoco usufructúa los frutos de lo uno (africano) ni de lo otro (occidental). Su sociedad no ha sabido ni podido conciliar su legado cultural del África de sus ancestros con las prácticas europeas y norteamericanas en medio de las cuales -a modo de marco de referencia normativo- ha tenido que desenvolver por pura necesidad su quehacer económico, social, político, estatal, jurídico, ideológico, recreativo y cultural en términos generales.

Por consiguiente, Haití -como tal- queda doblemente alienada de sí. Privada de más bienestar y mejores opciones equitativas y solidarias para sus ciudadanos y agrupaciones. Y, al mismo tiempo que encumbradas élites empresariales, profesionales y culturales se esfuerzan por perpetuarse en su seno social y político, lo hacen enajenadas entre sí y alejando al resto del surgimiento de un Estado-nación que -en tanto que haitiano- fragüe su propia modalidad moderna de derecho social y democrático o la que la población libre y conscientemente decida.

Yacen así ensimismados, Haití y sus habitantes, en la misma obsesión: la de no poder vivir con un modelo de ordenamiento propio y mucho menos sin uno ajeno a sí mismos. Abandonados entre dos mundos extraños a ellos -uno por ser su pasado y el otro su presente- permanecen en un injusto limbo simbólico donde a duras penas se reproducen entrecogidos por altos índices de exclusión y de pobreza material⁷, además de bajos niveles de desarrollo humano⁸.

-Para sí mismo. En dicho estado de cosas, el pueblo haitiano subsiste atascado y engañado, no solo prostrados ante el mundo externo, sino para sí mismo. No está inconsciente de la existencia objetiva de nuevos amos, renovada ahora en una élite empresarial ajena a ellos e interesada únicamente en sus oportunidades de negocios y en defenderse de todo tipo de competencia, tanto externa, como interna, en medio de un mercado cautivo. Al mismo tiempo, le resulta imposible reconocerse subjetivamente en la autoridad -no ya colonial, por motivos obvios- de quienes independientemente del color de sus epidermis, los gobiernan desde diversos sitios del poder privándolos de cualquier oportunidad de superación de su estado de postración y de inequidad.

A propósito de la Revolución haitiana, está fuera de dudas que la libertad de los esclavos se obtuvo en un combate a muerte con los señores y ejércitos franceses y también de los ingleses y españoles. Lo que no se pondera de manera suficiente, sin embargo, es que el régimen esclavista fue tan brutal que el acceso a la independencia nacional no sustenta una comprensión teleológica de la

7 Ver, Pokhriyal et alii. 2020. FAO 2021.

8 Ver, <https://datosmacro.expansion.com/idh/haiti>

historia. La formación subjetiva de los antiguos esclavos, por medio de su trabajo y de un laxo compromiso con una causa de índole social, no llevó la hazaña haitiana al puerto de un Estado moderno de derecho. Al contrario, la formación de cada uno y de todos transcurrió en un ambiente desfavorable al desarrollo de una libertad concebida objetivamente y expuesta a la expresión de su pensamiento y, por ende, al ejercicio de su ciudadanía. Las expectativas de una historia lineal y teleológica, desde un estado primitivo y de esclavitud, hacia lo que algunos autores denominaron el reino del espíritu⁹, de la libertad¹⁰, en medio de un Estado nacional moderno de derecho constitucional, también quedó desdicho en Haití.

El espacio haitiano se inundó de divisiones intestinas y las contradicciones incluso inter étnicas (raciales y culturales) y sociales (élites-pueblo) que surgieron a raíz de dicha revolución exitosa retrotraen la experiencia de cada sujeto advenido a la condición de libre al desvarío e impotencia de los demás. Al fin y al cabo, la cuestión no radica solamente en romper las cadenas de la esclavitud¹¹ y tampoco las del colonialismo. No basta desear y querer para poder superarse uno a sí mismo y a los demás en algo mejor. La propia indeterminación de individuos alienados a fuerza de la privación su libertad y patrimonio original los retiene alejados de entornos cambiantes.

Así, pues, dada la distancia abismal entre lo que se desea y lo logrado, puede decirse que pasada la hora de la revuelta la Revolución haitiana no adquirió un orden social actualizado, cimentado y justificado por una ciudadanía debidamente preparada para asumir su responsabilidad republicana -de conformidad con su propio ordenamiento estatal¹².

⁹ Ver a este propósito, Cerezo Galán 2018.

¹⁰ *“El reino de la libertad comienza solo allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad”*, Marx 1974: sección séptima, capítulo XLVIII; pp. 766.

¹¹ Recuérdese que *“la esclavitud y otras variadas formas de servidumbre nacieron cuando el resultado del trabajo de un hombre rendía más que el valor del producto necesario para sobrevivir. Adquirir con fuerza la parte del producto del trabajo de los demás permitía vivir una vida más prospera a las élites guerreras, que se convirtieron en los dueños del trabajador a través de la esclavitud”* (Toth 2022). Las formas contemporáneas de esa expropiación son múltiples y por eso se habla en la literatura social especializada de sobre-explotación.

¹² *“Haití sufrió espantosamente a causa del aislamiento posterior. Los blancos fueron expulsados de Haití durante generaciones y el desventurado país, arruinado económicamente, con su población carente de cultura social, vio cómo sus inevitables dificultades se veían*

El país quedó a merced de la voluntad de quienes imbuidos por el propósito de preservar y de hacer prevalecer exclusivamente su propio interés, dejaron todo abocado en terminos individuales a una improductiva inamovilidad social y a “*un interminable diálogo de sordos*”¹³ en razón del cual la vida y los propósitos en común son irrealizables.

En ese contexto, “*el Estado tiene por función en Haití convertir a los haitianos en trabajadores coloniales (coloniaux)*”¹⁴ y, por vía de consecuencia, sus clases más liberales y modernizantes cuentan ya con más de dos siglos de fracaso. Se creerán y tienen por señores, pero no hacen más que “*reciclar y renovar conceptos coloniales para abrirse paso en el siglo XX*” (Casimir 2008b: 839) y por añadidura el XXI.

Quebrantado el cuerpo social haitiano, dividido en y para sí mismo, el diagnóstico del mismo pone de relieve el estado de conciencia de esa gran aglomeración de sujetos retenidos en condiciones -no solo de privación material bien objetiva- sino de desdicha espiritual.

duplicadas por esta masacre (la de los colonos blancos). Que la nueva nación sobreviviese ya es de por sí mérito más que suficiente, pues si los haitianos pensaban que habían acabado con el imperialismo se equivocaban”, James 2003: 343.

13 Casimir (2009, pp. 245-247). «*Si, pour dissimuler les processus de domination et d'exploitation ou pour affirmer et reconnaître leur caractère nécessaire, l'on adopte la vision moderne de l'humanité comme la seule valable, l'on concevra cette société naissant comme formée d'une élite et d'une masse de gens. [...] L'opposition et les gouvernements au pouvoir, la main dans la main, s'inventent une liberté générale compatible avec la modernité, mais incapable de libérer leur pensée d'une captivité chaque jour plus nuancée et plus sophistiquée*». El insigne pensador, sin embargo, termina subrayando la responsabilidad que recae en la modernidad y en la comunidad internacional por lo que acontece en Haití, sin escudriñar la realidad de la población haitiana en función de su propia responsabilidad (Ibid, 246). A pesar de esto, sí advierte esperanzadoramente que la clase media y sus élites algún día descubrirán que el padre de la patria, Jean-Jacques Dessalines, próximo a su muerte, amonestó a sus seguidores como en la fábula de La Fontaine a que no vendieran la herencia que le dejaron sus padres -la libertad obtenida mediante el rompimiento de sus cadenas- porque «*un trésor est caché dedans*» (“un tesoro está escondido en su interior”). Dicho valor no es algo que yace oculto en las entrañas de la tierra, como el oro, sino en la conciencia libre de sus émulos y, como tal, aún estaba por ser descubierto y explicitado, léase bien, por ser objetivamente institucionalizado. Dessalines reconoce así que la patria estaba en camino de realizar su razón de ser, solo que por el momento ese logro se encontraba más adelante.

14 Casimir 2009: 136-139 y 246.

El infortunio de todos, que es el de cada quien, devela por fin la “*conciencia infeliz*” que por el momento caracteriza al pueblo haitiano¹⁵ en tanto que secuela y fundamento de sí mismo.

IV. ... y su estado de infelicidad consciente

Cada individuo consciente de sí mismo en ese mundo de cosas haitianas enrarecidas e independientes de su voluntad y decisiones termina reconociéndose inconforme, insatisfecho, irrealizado, en resumen: desventurado e infeliz. ¿Por qué esta infelicidad de su propia subjetividad?

La conciencia infeliz. En razón de que su condición de independencia objetiva, léase bien: política en óptica histórica, lo más que obtiene es uno que otro beneficio individual, pero en ningún caso interviene ni interactúa con sus semejantes hasta incidir y construir de manera positiva y definitiva la real institucionalidad de Haití como tal.

De ahí que en dicho país, debido a la omnipresente experiencia reflexiva de cada individuo sujeto en sí mismo adquiere valor inigualable el acertado discernimiento de Hegel¹⁶ a propósito de la autoconciencia infeliz de cada uno:

“Yo soy libre, pero solo lo soy en mi pensamiento, y por ello continuo insatisfecho. Puedo pensar que me realizo y desarrollo, y con eso me duplico. Escindo el mundo, lo rompo en dos, cielo y tierra, goce eterno y dolor mundano, dominio sobre todas las cosas y sometimiento a todas ellas, al tiempo que me pienso

15 Ferrán 2018: 19-21.

16 La referencia a Hegel, aunque remite a un autor eminentemente filosófico, depende de la experiencia haitiana tal y como expuso Buck-Morss (2005: 54 y ss.). Atenta al campo de batalla de los esclavos en la colonia francesa de Haití, la autora estadounidense se pregunta: “¿De dónde surgió la idea de Hegel de la relación entre señorío y servidumbre? [...]. Acaso Hegel fue el filósofo de la libertad más ciego de toda la Europa del Iluminismo, superando a Locke y a Rousseau en su capacidad para ocultar la realidad que transcurría ante sus ojos (la página noticiosa impresa ante sus ojos sobre la mesa de desayuno a propósito de la cual solía decir que era su oración matutina cotidiana); o bien Hegel sabía —sabía que existían esclavos reales rebelándose exitosamente contra amos reales— y elaboró deliberadamente su dialéctica del amo y el esclavo dentro de este contexto contemporáneo». Buck-Morss tiene razón. Hegel lo sabía y es ese conocimiento el que justifica la antedicha referencia.

libre y desposeído de todo, sin cambiar la realidad y sin permitir que esta cambie y que deje de ser esa misma carga que continuamente me impongo y se me impone porque todo resulta ser, siempre, más de lo mismo” (1807: 58 y ss.).

La conciencia desventurada -vista desde el presente como hechura y soporte psicológico de lo que acontece objetivamente a nivel público desde finales del siglo XVIII¹⁷ en la colonia francesa de Haití- puede ser asumida sin temor a caer en un anacronismo histórico. No lo es, pues la infelicidad de esa conciencia no es de hoy sino de antaño. En cuanto tal, contribuye a explicar este doble fenómeno: primero, el haitiano se aviene y no contraviene la notable impotencia motriz de una libertad reconocida por todos como meramente formal; y, segundo, lo imposible que sigue siéndole acceder y usufructuar la riqueza material y cultural que solo algunos pocos logran por ratos ostentar.

El proceso histórico. La inseparable convergencia de esa desigualdad enajenante que se padece en la vida cotidiana, y de aquella esterilidad de una libertad siempre en fuga de la obtención y retención de más beneficios y mejores frutos, las padece como signo habitual de miseria y revés la conciencia subjetiva de cada individuo en el transcurso del siguiente proceso socio-histórico¹⁸:

- Los propietarios “*blancos*” en sus plantaciones explotaban la tierra con la mano de obra de sus esclavos.
- Los esclavos se convirtieron en soldados de una revolución triunfante y, por tanto, los que sobrevivieron exigieron como recompensa parte de la tierra fértil en la que ellos habían labrado y sufrido.

¹⁷ Suele afirmarse que esa conciencia desventurada corresponde al pueblo judío durante las postrimerías del Imperio romano y sobre todo durante la Edad Media cristiana (López, 1977, pp. 73-83). Sin embargo, esa correspondencia no descalifica la aproximación propuesta desde el Caribe decimonónico, fuera del contexto europeo, entre la experiencia haitiana de los antiguos esclavos africanos y la subsecuente conciencia infeliz. Después de todo, por medio del sincretismo cristiano y animista que expone la liturgia del vudú haitiano, se escinde la conciencia en la justa medida en que sabe que en sí misma no es ni una ni la otra.

¹⁸ A este propósito, ver Danner 2010.

- Poco tiempo después de la independencia la mayoría de las plantaciones se dividieron y fueron repartidas entre los antiguos esclavos, convirtiendo así a Haití en una nación de pequeños terratenientes; una nación en la que el campo siguió siendo, en lenguaje, religión y cultura, prácticamente africano.
- Mientras tanto, una nueva élite haitiana fragua, no a modo de amos coloniales, pero sí de señores nacionales.
- Dada la imposibilidad de asumir el lugar que los blancos tuvieron en las viejas plantaciones, *“la nueva élite haitiana pasó de tener la tierra a luchar por el control de la única institución facultada para obtener ganancias de esos productos: el gobierno”* (Danner 2010).
- Así las cosas, los esclavos liberados trabajaban en sus pequeñas parcelas y los poderosos se beneficiaban del fruto de la tierra a través de los impuestos.
- La consecuencia de ese nuevo estado de cosas resultó ser la perpetuación idearia de los blancos, repetida, aunque esta vez al revés. *“La filosofía colonial pervivió en esta encarnación desfigurada: gobernar nada tenía que ver con construir o desarrollar al país, sino con extraer sus riquezas. ‘Desplumen a la gallina’, proclamó Dessalines –ahora el emperador Jacques I–, ‘pero no la hagan gritar’* (Art.cit.).
- En 1806, dos años después de la independencia, el emperador Dessalines fue muerto a bayonetazos por un grupo de oficiales conspiradores. La historia haitiana entonces se convirtió en una compleja narrativa de luchas intestinas por controlar el Estado, con facciones que se unían mediante una intrincada política del color de piel.
- No había un método de sucesión que fuera considerado legítimo, ni tradición de oposición leal. La política era un asunto asesino, operático, improvisado. La inestabilidad alternaba con la autocracia.

- Se peleaba y se ganaba el Estado; la riqueza de Haití, una vez ganada, compraba algo de lealtad, pero sólo por un tiempo. La fragilidad de los gobiernos y la incertidumbre sobre su duración promovía un imperativo de rapiña. Los gobernantes derrocados con frecuencia eran asesinados, algunos exiliados, pero siempre su riqueza –la que no habían logrado sacar del país– era fruto de robo o de malversación.
- El nacionalismo haitiano, azuzado por la aparición de `blancos´ reencarnados en los todo poderosos U.S. Marines que obligaron a los haitianos a trabajar en la construcción de los caminos, favoreció el “*noirismo*” que en 1957 llevaría al poder a François Duvalier.
- Astuto y sanguinario el nuevo dictador supo combinar, el miedo al comunismo que sentían los estadounidenses y la manipulación de la práctica del vudú de la población haitiana, para así mantenerse en el poder sin nada a cambio que no fuera explotación y cruenta represalia en perjuicio de la población local.
- La época de Duvalier, finiquitada con el derrocamiento de su hijo Jean-Claude, en 1986, no ha dejado de traer ante la conciencia individual la continua inestabilidad del país y que cada vez menos dinero se obtiene de la agricultura y pocas oportunidades de desarrollo humano de la informalidad de barriadas hacinadas y carentes de los más elementales servicios.
- En ese contexto, salta a la vista de todos y cada uno el sensible fracaso -incluso- de intentar alterar las realidades básicas del país: realidades tales como la sobreexplotación de los de abajo, tanto como la del medio ambiente natural; la ausencia total de movilidad social, la imposición de un estado de cosas dominado por sus élites empresariales y un disminuido y endeble Estado politizado y corrupto.

Oprimido, frustrado e impotente, el sujeto haitiano deambula por los zurcos de esa historia consciente de que su triunfo -además de heroico y legendario- es

histórico y, por esto último, ido y malogrado fundamento de sí mismo y de su presente desengaño, penuria e ignota derrota.

La desventura generalizada. Fruto -no raíz ni tronco ni rama- de todo lo cual, a modo de efecto en el que se descubre la causa, se reitera y recrudece la desesperada infelicidad de la conciencia haitiana. En “*el reino de este mundo*”¹⁹ post colonial su función es la de deambular mirando hacia atrás y hacia adelante, tal y como sugiere la buena comprensión de la vida humana que el danés Sören Kierkegaard cincela en una sola frase:

*‘La vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás,
pero ha de ser vivida mirando hacia adelante’.*

He ahí, en resumen, el rol cimero que la conciencia infeliz juega en la concepción y reproducción social de la sociedad y del individuo haitiano. Por ser libres, ambos se reproducen en su infelicidad de forma no-dependiente.

En efecto, cada individuo es libre y como tal consciente solo de sí. Por algo se encuentra en medio de la mayoría anónima de los integrantes de un conglomerado poblacional cuyos miembros son todos inidentificables entre sí, pues son igualmente ajenos e irresponsables de productos y obras que no dependen de alguno de ellos.

Ese es el caldo de cultivo de la infelicidad que consiste en estar consciente y libre del mundo objetivo que los rodea y del cual no son responsables y ni siquiera parte constitutiva. Pero aún más. Esa misma indeterminación insatisfecha de cada individuo haitiano no es exclusiva a los ignotos en Haití. Es mucho más general y por eso el mismo estado de conciencia constituye el único factor común y sin excepción que transgrede las diferentes variables demográficas, socioeconómicas y culturales de los connaturales en ese país.

¹⁹ Mención por medio de la cual asumo la intuición literaria sobre el mundo haitiano propiamente dicho en sus inicios, Carpentier 1967.

Análogo con lo que acontece a propósito de la gran mayoría englobada como pueblo de Haití, la desventura también arroja a un minúsculo porcentaje de seres notables en dicho país. Estos son los que toman las decisiones, actúan y se apropian de productos y obras que siguen siendo para ellos, tan alienantes, como para el resto de la población. Al fin y al cabo, por diversos motivos, ni siquiera ese grupo dirigenal puede ser feliz en Haití. Entre otras razones, no consigue autoidentificarse a sí mismo pues, ni se reconoce como parte consubstancial de lo mismo de siempre en medio de tanta miseria, ni sabe de sí en tanto que corresponsable²⁰ o responsable principal del malestar institucionalizado que genera. Y todavía peor, tampoco se identifica a partir de esa mayoría de compatriotas y coetáneos suyos a los que percibe como otro y desiguales a él. Sumido en negativas, el referido conjunto de haitianos prestantes no llega a visualizar, admirar o contemplar algo positivo de sí mismo, algo que no sea su propia ignominia -manifiesta en la virtual desintegración de la única sociedad haitiana gracias a la cual continúa reproduciéndose y subsistiendo.

En resumidas cuentas, la falta de felicidad no es distintivo exclusivo de los empobrecidos materialmente. Ella aflora por doquier; léase bien: también es característica de los más afortunados. Estos contribuyen a escindir el mundo haitiano. Lo dividen y subdividen cuantas veces alejan el goce eterno de ellos del calvario mundano de los que creen que sobran y están de más. No cambian la realidad y tampoco permiten que cambie y deje de ser ella misma.

Pero ¿a qué se debe tan generalizada ofuscación?

Lo propio en Haití. En Haití la autoconciencia de todos y cada uno vive de la infelicidad ajena por partida doble: la de unos pocos, en tanto que privados como están de su propia identidad patria; y la del resto del país pues, a base de pura necesidad, se reproducen socialmente privados de todo lo que aquellos han

20 Esa corresponsabilidad implica, fuera de dudas, a actores, funcionarios y entidades que operan a nivel internacional con -e incluso no pocas veces sin- la colaboración de locales en Haití.

acumulado a través del tiempo ya recorrido a lo largo y ancho de la misma y única historia compartida.

Hasta prueba en contrario, el desgarrador gesto de absoluta libertad de la población, -el jamás nuevas cadenas ni amos-, termina así de manera insospechada arrinconando a cada haitiano -sin excepción- en la misma impotencia. Desde esa posición, primero, vuelve a imponerse una y otra vez una organización social estéril a la hora de suprimir la desventura y la ausencia de bienestar de la que todos son conscientes; y, segundo, reinstaura el dominio de un grupo humano que hace las veces de cabecilla siempre arbitraria y elitista, - a pesar de su generalizada inhabilidad para esmerarse y reconocerse a sí mismo en todo lo que malogra y en todos y cada uno de los que defrauda.

Es en ese contexto que se cierra el círculo recorrido en doble vía y con direcciones contrarias por el pueblo haitiano, en un carril, y el cenáculo de dirigentes y notables, en otro carril. Ambos actores componen una agrupación escindida e ineficiente. Inútil -por añadidura- para dejar atrás de una vez y por todas el estado generalizado de insatisfacción que subyuga a quienquiera esté consciente de cuanto acontece en un país donde es *`nadie`* -ni el haitiano común ni el más encopetado- el que con orgullo y plena satisfacción felizmente se identifica a sí mismo en los otros y, en consecuencia, se responsabiliza a sí mismo con ellos por lo que deja de hacer o hace de todos.

Por consiguiente, dicha conciencia haitiana es omnipresente en Haití. Independientemente de la posición y eventuales privilegios sociales de cada uno, permanece en todos consciente de ser fruto de una realidad común que se fundamenta en su origen libertario, además de ser consecuencia de su accidentado proceso histórico de formación social. Solo su resiliencia da razón de su persistencia y de su más incierto porvenir.

Ante tal realidad solo queda por descubrir cómo superar -en y desde Haití- el drama y también el infortunio haitiano, pero no ya ocultando el sol con un dedo o de forma utópica, sino de manera plausible, concreta y eficaz.

V. Bibliografía citada

Buck-Morss, S. (2005)

-----Hegel y Haití. La dialéctica amo-esclavo: una interpretación revolucionaria. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Carpentier, A. (1967)

-----El reino de este mundo (relato), México D.F., Compañía General de Ediciones, S.A.

Casimir, J. (2008)

-----“Prólogo” a la obra de David Geggus and Norman Fiering (editores): From Saint-Domingue to Haiti: To Live Again or to Live at Last, Indiana University Press, pp. 3-19.

----- (2008b) “*Haití y sus élites: el interminable diálogo de sordos*”; en, El Colegio de México, A.C., Foro Internacional, Vol. XLVIII, No. 4: pp.807-841.

----- (2009) *Haiti et ses élites. L’interminable dialogue de sourds*. Puerto Príncipe: Editions de l’Université d’État d’Hâiti.

Cerezo Galán, P. (2018)

-----Hegel y el reino del espíritu, Granada, Universidad de Granada.

Danner, M. (2010)

-----“*Para sanar a Haití, hay que mirar la historia, no la naturaleza*”; en, Revista Letras Libres, No. 135, 31 de marzo.

<https://letraslibres.com/revista-espana/para-sanar-a-haiti-hay-que-mirar-la-historia-no-la-naturaleza/#login>

Ferrán, F.I. (2018)

-----“*El amo y el esclavo hegelianos: contrapunteo desde El Caribe*”; en Revista Pesquisa, Vol. 1, Año. 1, pp. 8-28.

<http://revistas.pucmm.edu.do/pesquisas/index.php/pesquisas/issue/view/1/El%20amo%20y%20el%20esclavo%20hegelianos>

----- (2022) “El drama haitiano: la in/gobernabilidad; Santo Domingo, Unidad de Estudios Haitianos, Año 1, No. 1, enero.

https://drive.google.com/drive/u/1/folders/1u-xBsXGX6XW9po1CZyryHOZoRlsh_qby

Hegel, G. (1807)

-----Phänomenologie des Geistes. Hamburgo: Felix Meiner Verlag.

James, C. (2003)

-----Los jacobinos negros, Toussaint L’Ouverture y la Revolución de Haití. Turner: Fondo de Cultura Económica.

- López, A. (1977)
 -----“*La etapa de la conciencia desdichada en la «Fenomenología» de Hegel*”; en, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XV (40), pp. 73-83.
- Martí, J. (1963-1965)
 -----Obras Completas. Tomo 20 Epistolario: Carta a Miguel F. Viondi del 24 de abril 1880.
- Marx, C. (ed. 1974)
 -----Das Kapital, Vol.III, Frankfurt/M, ein Ullstein Buch.Pokhriyal, N., O.
- Zambrano, J. Linares, H. Hernández (2020)
 -----Estimation et prévision de la paubreté et des inégalités de revenus en Haïti; Washington D.C., BID.
- Stieber, Ch. (2019)
 -----“*The Haitian Revolution and the myth of the republic: Louis Joseph Janvier's revisionist history*”; en, Edward Vallance (editor): *Remembering early modern revolutions: England, North America, France and Haiti*. London & New York, Routledge, pp. 145-157.
 -----(2020). *Haiti's Paper War. Post-Independence Writing, Civil War, and the Making of the Republic, 1804-1954*. N.Y., New York University Press.
- Toth, A. (2022)
 -----“*El final de la esclavitud. La irrupción de la nueva moralidad y la importancia del libre mercado*”; en, *Disidentia*, 29 de enero.
<https://disidentia.com/el-final-de-la-esclavitud-la-irrupcion-de-una-nueva-moralidad-y-la-importancia-del-libre-mercado/>

--- ----- ---

PUBLICACIONES *digitales* DE LA UEH

UEH - Biblioteca Publicaciones Actualizada Abril 7, 2022.

https://drive.google.com/drive/folders/1u-xBsXGX6XW9po1CZyryHOZoRlsh_qby?usp=sharing

Memoria Analítica de Datos e Informaciones

- Año 1, No. 1. Julio-Septiembre 2021.
- Año 1, No. 2. Octubre-Diciembre 2021.
- Año 2, No. 1. Enero-Marzo 2022.

Monitor Estadístico de Haití

- *Comercio exterior de bienes de República Dominicana con la República de Haití durante los ocho primeros meses de 2019, 2020 y 2021.* Año 1, No. 2. 22 de octubre 2021
- *Comercio binacional de mercaderías entre República Dominicana y la República de Haití en los nueve primeros meses de 2019, 2020 y 2021.* Año 1, No. 2, 17 de noviembre 2021
- *Mercado bilateral dominicano haitiano de bienes durante los 10 primeros meses del los años 2019, 2020 y 2021.* Año 1, Número 4, 2 de diciembre 2021
- *Comercio exterior de bienes de la República de Haití con Estados Unidos desde 1999 y 2007 hasta enero-octubre 2021.* Año 1, Número 5, de 9 de diciembre 2021
- *Mercado externo de bienes de la República de Haití con Estados Unidos, desde 1999 y 2007 hasta enero-noviembre 2021.* Año 1, Número 6, 16 de diciembre 2021
- *Mercado binacional de bienes de República Dominicana con la República de Haití, durante enero-noviembre de los años 2019, 2020 y 2021.* Año 1, Número 7, 23 de diciembre 2021
- *Comercio exterior de alimentos y animales vivos de la República de Haití con Estados Unidos, desde 1999 y 2007 hasta enero-noviembre de 2021.* Año 1, Número 8, de 30 de diciembre 2021
- *Comercio exterior de bienes de la República de Haití con Estados Unidos desde 1999 y 2007 hasta enero-diciembre 2021.* Año 1, No. 9, 6 de enero 2022

Cuadernos de Diálogo y Discusiones

- *Haití: una realidad caótica y 10 opciones realistas.* Año 1, No. 1. 2 de noviembre de 2021
- *Una pregunta presidencial -¿con ellos es que van a conversar?- sin responder.* Año 1, No. 2, 18 de noviembre 2021.

- ***Balanza comercial superavitaria de bienes de República Dominicana con la República de Haití en los primeros nueve meses de 2019, 2020 y 2021.*** Año 1, No. 3. 26 de noviembre 2021.
- ***A Corporate America Partnership with Haiti is a Win-Win Deal for the U.S. Light Manufacturing Sector and Haiti's Economic Recovery.*** Año 1, No. 5.
- ***Reputación de una Nación.*** Año 1, No. 6, 13 de diciembre 2021

Breves Ensayos

- ***El drama haitiano: la in/gobernabilidad.*** Año 1, No. 1. Enero 2022
- ***El infortunio haitiano: la infelicidad.*** Año 1, No.2. Abril 2022



PUCMM

Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra

Centro de Estudios P. Alemán, S.J.

HT **UEH** DO
Unidad de Estudios de Haití

ENSAYOS CORTOS

**Abril 2022
Santo Domingo,
República Dominicana**